

JOVENES EN EL TEATRO

Isaac Felipe Azofeifa

El observador de los fenómenos culturales de nuestro país se da cuenta sin mayor dificultad de uno de los hechos más alentadores de nuestros días: es la presencia de los jóvenes en el teatro, en masa como espectadores y en el trabajo de actores, formando parte de numerosos grupos de aficionados, no sólo en la ciudad capital sino en las provincias. Hay que agradecerle esto a la campaña de orientación y formación que el Ministerio de Cultura ha llevado a cabo casi desde el mismo año de su creación. Junto a este programa, ha venido luego a estimular la afición teatral de nuestros jóvenes el trabajo de la Escuela de Artes dramáticas de la Universidad de Costa Rica. Hoy tenemos ya en pleno desarrollo también la empresa teatral del Estado.

Pero sucede que estos logros no se alcanzan en un día. La actual situación es resultado de muchos esfuerzos que han venido haciendo actores y centros docentes durante estos mismos años, desde el principio de la década del 70. Cito el ejemplo que conozco mejor: las actividades que llevó a cabo durante los años que van del 73 al 77 el programa de Acción Cultural Universitaria (ACU) al través de la Sección de Actividades Artísticas de la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica. Para lograrlo, primero se puso el empeño en darle categoría académica a la materia optativa de Actividad Cultural que el Plan de Estudios le exige a cada estudiante del Primer Año universitario. En otras palabras, las materias culturales no tenían créditos, y ahora se les otorgaron. Se estructuraron programas para cada una de estas. Se puso sumo cuidado en el nombramiento de profesores. Se ordenaron las actividades según el criterio de teóricas y de taller. Quizá el campo en que se dieron de inmediato mayores logros fue el taller de teatro. La Sección creció bajo la coordinación entusiasta y creativa de Sergio Román y de Michelle Najlis, sus primeros coordinadores. Ser-

gio, hombre de teatro, fue secundado por William Esquivel y William Zúñiga. Bajo este triple patrocinio se crearon, el teatro de Estudios Generales (TEG) y el TEATRO 3. El Teatro de Estudios Generales viajó por todo el país durante varios años. Solicitaban su presencia directores de escuela, sindicatos, cooperativas, comités de fábricas, municipios. William Zúñiga, que no solo es actor y director, y de los buenos, sino escritor, escribió para el T3 dos obras que he visto representarse todavía en 1979 por los estudiantes de Primer Año de Estudios Generales. Pero es preciso explicar primero qué es esto del Teatro 3. Sergio Román ideó dramatizar algunas de las obras que las cátedras de Humanidades llevan como lectura obligatoria en sus programas académicos, y que no pertenecen al género dramático. William Zúñiga hizo la adaptación de *¡El Manifiesto Comunista!* al teatro, y dramatizó la novela de Roa Bastos, *Hijo de Hombre*. Recuerdo haber visto hasta a sacerdotes alumnos de la Escuela formando parte de los elencos.

Poco a poco, los estudiantes han sido llevados por sus profesores a crear, a componer, a desenvolver su capacidad de realización de juegos dramáticos. El grupo de profesores de la Sección es de lo mejor: en el campo de la apreciación de teatro, Alberto Cañas y Guido Fernández. Ya no se pudo contar más, desde hace algunos años, con el impagable trabajo de Guido Sáenz. En el trabajo de talleres: Sara Astica, que enseña manejo, construcción y creación —así, todo junto! — de fantoches y obras para fantoches. Y Jorge Gómez, Fernando Gómez, Víctor Rojas, William Zúñiga, William Esquivel (actualmente estudiante de teatro en París) y Olga Marta Barrantes.

La semana de integración cultural que se había establecido como gran vitrina de exhibición de logros al término del curso, ha visto desenvolverse en el Auditorio Abelardo Bonilla grupo tras grupo de estudiantes entusiastas, alegres, pero disciplinados por la necesidad de darle vida, forma, estilo, a alguna obra sencilla de autor universal, pero aparecen en crecido número los juegos teatrales creados por los mismos alumnos.

Tiene uno razón de esperar con optimismo que a más tardar dentro de una generación verá nuestro país surgir grupos permanentes y de cierto nivel profesional en las provincias; pero sobre todo, por qué no pensar también en que vamos a ver aparecer en el momento que menos se espera, autores jóvenes que van a continuar la línea trazada por Alberto Cañas, Antonio Iglesias, Samuel Rovinski, Daniel Gallegos, el chileno entre nosotros Alejandro Sieveking y Olga Marta Barrantes. La suerte está echada.